

La Ruta del Lapislázuli en Monte Patria, Limarí, Chile*

The Lapis Lazuli Route of Monte Patria, Limarí, Chile

Juan Carlos Skewes**

María Victoria Correa Baeriswyl***

Juan Blánquez****

Fernando Mujica*****

Resumen

Este artículo examina el potencial de la Ruta del Lapislázuli en Monte Patria (Limarí, Chile) como atractivo turístico. El análisis se sustenta en el reconocimiento del lapislázuli como piedra nacional, la cantera de Tulahuén y su belleza, la tradición en joyería artesanal y el interés por su puesta en valor. Se propone un enfoque de turismo ecocultural que articule conservación ambiental, valorización patrimonial e inclusión de comunidades, integrando trabajo artesanal y experiencia turística. El marco conceptual combina el paisaje cultural con críticas a la mercantilización cultural y aportes sobre economía de la cultura. Se concluye que esta ruta puede contribuir a promover un desarrollo territorial sostenible, siempre que se gobierne la tensión entre valores culturales y objetivos

Abstract

This article examines the potential of the Lapis Lazuli Route in Monte Patria (Limarí, Chile) as a regional tourist attraction is examined. The analysis is based on the recognition of lapis lazuli as national stone, the Tulahuén quarry and its beauty, the tradition of craftsmanship in jewelry, and the interest on its valorization. An ecocultural tourism approach is proposed that combines environmental conservation, heritage enhancement, and community inclusion, integrating extraction, craftsmanship, and the tourist experience. The conceptual framework combines the cultural landscape with critiques of cultural commodification and contributions on the economics of culture. It is concluded that this route can contribute to promote sustainable territorial development, provided that the tension between cultural values and economic objectives

* Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto Anillos ATE220008 financiado por ANID

** Universidad Alberto Hurtado. Correo electrónico jskewes@uahurtado.cl. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9902-7550>

*** Universidad de Santiago de Chile, Universidad Gabriela Mistral, Universidad San Sebastián, Correo electrónico: maria.correa.b@usach.cl. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4661-1264>

**** Universidad Autónoma de Madrid. Correo electrónico: juan.blanquez@uam.es. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5481-0944>.

***** Escuela de Sommeliers de Chile, fernandomujica.chefsomelier@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1750-1157>

económicos mediante instrumentos de gestión participativa. is managed through participatory management tools.

Palabras clave: ruta, lapislázuli, turismo, patrimonio, Chile
Key words: route, lapis lazuli, tourism, heritage, Chile

Recibido: 23 de enero de 2026

Aceptado: 04 de mayo de 2026

1. Introducción

En la década de 1980, el lapislázuli fue reconocido oficialmente en Chile como piedra nacional. Sin embargo, a pesar de su singularidad mineralógica y de su valor histórico y estético, no ha alcanzado un lugar significativo dentro de la identidad nacional. Si bien su presencia en la región centro-norte del país y su uso en joyas y artesanías le otorgan cierto grado de visibilidad, el reconocimiento social que posee se mantiene en un plano superficial, limitado a su apreciación como piedra ornamental o producto turístico. Este reconocimiento parcial contrasta con el carácter excepcional del mineral, cuya ocurrencia a nivel mundial es escasa y cuya valoración en civilizaciones antiguas —como la egipcia o la mesopotámica— lo elevó a un símbolo de prestigio y sacralidad. En el contexto nacional, el lapislázuli no ha logrado consolidarse como un referente identitario ni como un elemento patrimonial de amplio consenso. Su presencia cultural se circunscribe a ámbitos locales o artesanales, sin una articulación clara con políticas de valorización del patrimonio natural y cultural.

Desde esta perspectiva, el presente artículo propone desarrollar una comprensión situada de la “ruta del lapislázuli”, entendida como un entramado de prácticas, territorios y significados que vinculan la extracción, el trabajo artesanal y la experiencia turística. El propósito es examinar cómo esta ruta puede contribuir tanto a la valoración patrimonial del mineral como al reconocimiento del paisaje cultural del cual forma parte, abriendo así posibilidades para una relectura contemporánea de la relación entre recursos naturales, identidad y desarrollo territorial. Para ello se analizan y entregan los fundamentos que permitirían crear la “Ruta del Lapislázuli” en la comuna de Monte Patria, provincia de Limarí, Región de Coquimbo (Chile) y, con ello, la promoción de ese territorio como un destino turístico que contribuye a su desarrollo social y económico con un enfoque de sostenibilidad (Capece, 1997).

El lapislázuli entraña una historia compleja y de largo aliento. Es un objeto material y simbólico, como sostiene Pisters (2018), que articula complejas interconexiones entre la materia, la cultura, la economía y el medio ambiente. Se le puede concebir como una “geomediación”, esto es, una forma en que la materia terrestre participa activamente en los procesos de producción estética, tecnológica y política. La autora ilustra este posicionamiento a través de su recorrido del mineral desde las minas de Sar-e-Sang en Afganistán hasta su presencia en la historia del arte, el comercio global y las representaciones visuales modernas. Este recorrido importa tres niveles, a saber, la ecología material, la ecología sociopolítica y la

ecología mental. El lapislázuli, en cuanto mediador geológico y cultural, encarna las tensiones entre naturaleza y tecnología, materialidad y representación. El “azul profundo” de la piedra se convierte, para la autora, en una metáfora del planeta mismo —la “Canica Azul”— recordando la interdependencia entre los procesos humanos y no humanos en la era del capitalismo global y los medios digitales.

La posibilidad de comprender el lapislázuli como parte de un paisaje cultural permite situarlo dentro de una concepción relacional del territorio, en la que naturaleza y cultura se integran en una misma trama de significaciones. La UNESCO (2008) define el concepto de paisaje cultural como una “obra combinada del hombre y la naturaleza”, que ilustra “la evolución de la sociedad humana y de los asentamientos a lo largo del tiempo, bajo la influencia de las limitaciones físicas y/o las oportunidades que presenta su entorno natural y de las sucesivas fuerzas sociales, económicas y culturales, tanto externas como internas”. A pesar de este aparente equilibrio conceptual, la mirada tradicional hacia el patrimonio en décadas recientes en Chile tiende a privilegiar la “obra” —entendida como resultado material o monumental— por sobre el papel activo del ser humano y de las comunidades en su construcción simbólica.

En este contexto, la creación de una ruta de interés cultural y turístico en torno al lapislázuli plantea un desafío relevante, derivado de los conflictos de intereses entre los valores culturales y los objetivos económicos que atraviesan el turismo patrimonial. La pregunta sobre cómo articular cultura y economía remite a una tensión histórica ya advertida por la Escuela de Frankfurt, cuyos autores —como Adorno (1991) y Williams (1961)— denunciaron la mercantilización de la cultura a través de las industrias culturales. La propia UNESCO (1982) ha señalado los riesgos de subordinar los fines artísticos y culturales a los intereses comerciales, fenómeno intensificado por el turismo de masas y las estrategias mediáticas que promueven el consumo de productos estandarizados (Frith, 2002). Frente a este escenario, surgen hoy propuestas alternativas que buscan equilibrar la valorización patrimonial con el desarrollo económico sostenible, promoviendo modelos de turismo basados en la identidad local, la participación comunitaria y la preservación del entorno. Este enfoque reconoce que la gestión turística del paisaje cultural debe integrar no solo los valores ambientales, sino también las dimensiones económicas, sociales y culturales, garantizando así una relación armónica entre conservación, desarrollo y sentido de pertenencia.

Desde esta perspectiva, la economía de la cultura es un concepto que relaciona desarrollo económico con la cultura y que debe tener como base el reconocimiento del patrimonio local, material e inmaterial (Palma y Aguado, 2010), integrados a paisajes culturales caracterizados por ser testimonio de la historia de una sociedad que modifica, construye e interviene su medio para fines productivos, residenciales y de disfrute. El paisaje cultural está ligado a uno o varios periodos históricos y estará asociado a uno o varios territorios concretos, silenciosos testimonios de las transformaciones económicas, sociales y culturales de sus gentes.

En Latinoamérica, el concepto de paisaje cultural patrimonializado ha sido invocado al objeto de dar cuenta, en un contexto de relaciones de poder, del entramado de componentes materiales, inmateriales y simbólicos vinculados con la sociedad local y su entorno físico, cuya articulación genera valor y sentido identitario, en marcado contraste con el turismo de masas (Suden, 2022). La autora advierte la falta de correspondencia entre los límites administrativos y los verdaderos paisajes culturales, proponiendo una lectura más amplia que integre los paleopaisajes, los sistemas de riego, la cultura vitivinícola y las prácticas sociales. Suden concluye que el concepto de paisaje cultural patrimonializado (PCP) permite superar las visiones fragmentadas del patrimonio, articulando dimensiones naturales, sociales y simbólicas, y fomentando un diálogo necesario entre investigación científica y gestión pública para la valorización sostenible del territorio. Desde una perspectiva analógica, el patrimonio territorial no es un bien o conjunto de objetos a preservar, sino una experiencia viva en la que la comunidad se reconoce, resiste y proyecta su futuro desde su propia territorialidad (Da Costa, 2024).

La noción de turismo ecocultural constituye un enfoque pertinente para articular la riqueza patrimonial de los territorios con los flujos de visitantes y las comunidades locales, en una perspectiva orientada tanto a la protección ambiental como a la difusión y salvaguardia de las manifestaciones culturales. Según la literatura especializada, esta modalidad turística permite valorar de manera integrada el patrimonio natural y cultural, reconociendo al paisaje, las prácticas tradicionales, los saberes ambientales y las expresiones simbólicas como componentes interrelacionados de una misma experiencia territorial (López & Llorente, 2015; Vallejo, 2017; Weaver, 2001). En esta línea, el turismo ecocultural promueve el reconocimiento del territorio como patrimonio vivo, fortaleciendo las identidades locales y los vínculos comunitarios, al tiempo que genera beneficios económicos sostenibles sin comprometer la integridad de los recursos naturales ni desvirtuar las expresiones culturales. Desde esta perspectiva, el turismo ecocultural integra en una práctica unificada los principios del ecoturismo y del turismo cultural, ofreciendo un marco idóneo para abordar el lapidario en su contexto paisajístico y patrimonial.

Este artículo es resultado de un trabajo de investigación en terreno realizado durante el invierno chileno de 2025, que incluyó visitas, entrevistas y rondas de consulta con los principales actores locales, entre ellos artesanos, arrieros y empresarios del territorio. Paralelamente, se efectuó un relevamiento teórico orientado a identificar las herramientas conceptuales que sustentan la propuesta, incorporando aportes provenientes de la arquitectura, la arqueología, la historia y el paisajismo, con especial énfasis en la perspectiva de la economía de la cultura.

El propósito de este estudio es ofrecer un marco de referencia integrador que permita, además de relevar el significado del paisaje ecocultural del lapidario, contribuir al diseño y puesta en marcha de una ruta turística basada en fundamentos teóricos sólidos y en el

reconocimiento de las capacidades locales existentes. Con ello, se busca sentar las bases para una alianza público-privada orientada a impulsar una iniciativa de desarrollo territorial sostenible, en la que el patrimonio, la comunidad y la economía confluyan en un modelo de gestión participativa.

El texto caracteriza el lapislázuli como el eje de una propuesta que reconoce en esta piedra su valor histórico, artístico y cultural y, por lo tanto, como un atractivo referencial e icónico de la región de Coquimbo en Chile. Tras exponer los atributos que posicionan a esta piedra como articuladora de prácticas ambientales y culturales, se procede a delinear los contornos de una ruta a través de la que se revela la riqueza del territorio patrimonial en el que se inscribe su producción y circulación. El emplazamiento geográfico del yacimiento de lapislázuli en Tulahuén permite formular una ruta turística ecocultural. Se concluye subrayando el potencial de esta propuesta, sus limitaciones y alcances, y su contribución a la descentralización del turismo, con la incorporación de nuevos destinos, en una perspectiva sustentable que visibiliza un patrimonio que presenta altas potencialidades futuras de desarrollo.

2. El lapislázuli: la historia cultural de una piedra

Tal como lo plantea Emerson (2015), el lapislázuli se caracteriza como roca ornamental de relevancia histórica, cultural y científica, detalla su composición (lazurita, piritas y carbonatos), su origen geológico (metamorfismo de contacto, Badakhshan y Chile) y reporta ensayos físico-químicos en muestras afganas y chilenas. Concluye que su singularidad radica menos en propiedades físicas y más en su color y valor simbólico. El estudio reivindica la necesidad de integrar los enfoques geológicos, culturales y artísticos para comprender plenamente su significación patrimonial y estética.

La existencia de yacimientos, además de Chile, se ha documentado, fundamentalmente, en Afganistán, de donde proviene un lapislázuli reconocido y señalado como uno de los de más alta calidad a nivel mundial (Corona y Benavides, 2005). Otros yacimientos, aunque de notable menor importancia, también han sido señalados en Rusia, Birmania, Pakistán, Angola, Estados Unidos y Canadá (Cipriani y Borelli, 1986). Las canteras más famosas se encuentran en la provincia afgana de Badakhshán, en el valle de Kokcha, al noreste del país. Esta piedra semipreciosa se ha proyectado hacia los más prestigiosos espacios del arte, la arquitectura y la pintura del Viejo Mundo, contribuyendo a generar un patrimonio cultural de gran valor; no solo artístico sino también hoy como una potencial herramienta en favor del desarrollo socioeconómico a través del turismo receptivo.

El lapislázuli destacó como pigmento ultramarino —más valioso que el oro durante la Edad Media— y su simbolismo místico y religioso en diversas civilizaciones, desde la antigüedad clásica hasta el Renacimiento, definen el papel histórico y cultural que ha desempeñado esta piedra. A lo largo de milenios, su utilización por las élites más elevadas de muy diferentes

culturas del Oriente y del Mediterráneo ha dejado un muy importante legado material. Se trata de una de las piedras con mayor prestigio en la cultura universal, estrechamente vinculada al arte, la espiritualidad y la simbología cultural. En la Antigüedad, en la Edad Media y, prácticamente, hasta nuestros días, el lapislázuli ha capturado la atención de los grupos humanos, tanto para la decoración de templos y figuras sagradas, como para confeccionar joyas y objetos asociados a las élites dirigentes. Es evidente, pues, que durante miles de años esta piedra cautivó el interés de los pueblos del Medio Oriente de los pueblos mediterráneos y de Europa.

En los albores de la historia, la civilización sumeria brindó un papel central al lapislázuli en objetos directamente relacionados con los ritos religiosos y funerarios asociados a sus reyes, como arpas y liras que, a su vez, ponen de manifiesto la importancia de la música en esta cultura. Su mera presencia evidencia la existencia de largas rutas comerciales para su suministro, pues -antes y ahora- su origen se encontraba en determinados y escasos puntos geográficos. Se activaron, así, dinámicas rutas comerciales para asegurar el abastecimiento de este valorado material en las civilizaciones de Medio Oriente primero y sus áreas de influencia después.

En efecto, las canteras de Badakhshan (Afganistán) estaban ya en explotación en el 8000 a. C. (Moorrey, 1999). En el poema de Gilgamesh, el poema épico más antiguo de la humanidad, ya se menciona el lapislázuli. Junto con su desarrollo en la joyería de la cultura sumeria, el lapislázuli alcanzó gran desarrollo en la civilización egipcia, donde se articuló con el oro para formar una pareja conceptual de alto valor estético y ritual, reconocida por artistas, sacerdotes y autoridades. El lapislázuli llegó al centro de la vida íntima de la realeza, a través de las más elevadas obras de arte de carácter religioso. Los estudios de arqueólogos e historiadores del arte han coincidido en destacar el valor que la cultura egipcia entregó a la piedra azul (Tajuelo, 2022; Jiménez y Riggs, 2022; Criado et al., 2011). La valoración del lapislázuli como insignia del arte ritual contribuyó a fortalecer el prestigio de esta piedra, lo cual multiplicó su significado cultural, social y económico, con el consiguiente impacto en las rutas comerciales y cadenas de valor.

El paso de la Antigüedad a la Edad Media marcó nuevas modalidades de desarrollo para el potencial de esta piedra. En Medio Oriente, se destacó la producción de cerámica decorada con pigmento azul de lapislázuli (Colomban, 2003). Por su parte, la expansión del islam también fue un ámbito adecuado para nuevas obras de creación artística embellecidas con esta piedra, lo cual impulsó su expansión hacia Europa Medieval, con relevante presencia en el Palacio de la Alhambra, donde el lapislázuli se utilizó para preparar estucado decorativo de los muros (Cardell y Navarrete, 2013).

Paralelamente, el auge del cristianismo por Europa significó también la expansión del lapislázuli, particularmente en el arte religioso y la producción de iconografía simbólica. El

punto crítico se encontraba en el hecho de que, en la era preindustrial, el azul era el color más difícil de obtener (Pacheco, 2001: 485-487). Y una de las pocas formas de solucionar este problema era, justamente, con lapislázuli. Este viajaba miles de kilómetros para llegar a Europa, con lo cual constituía un pigmento de alto costo. La combinación de su belleza con la escasez lo convirtieron en un color muy apreciado, de alto impacto, y por lo tanto, de gran valor para causar emociones. Debido a su alto valor, se desarrollaron técnicas refinadas para su aplicación: “El lapislázuli frecuentemente se usaba como “baño” o capa final aplicado sobre la azurita, obteniendo así el tan deseado color intenso y el pertinente rebaje de costos” (Arroyo et al., 2012, p. 117).

En la Europa medieval, el lapislázuli se utilizó tanto en la decoración de obras artísticas de cuadros y murales de templos, basílicas y catedrales, como en la intimidad de las bibliotecas de conventos y monasterios, donde iluminaban los libros manuscritos. Con el advenimiento de la modernidad, y el desarrollo de los nuevos movimientos estéticos, como el Renacimiento y el Barroco, se produjo un fuerte avance en las artes plásticas, subsidiadas por los poderes eclesiásticos, con intencionalidad política y religiosa, particularmente durante el Barroco, entendido como el arte de la Contrarreforma. La lucha política por la hegemonía de Europa se trasladó a las artes plásticas, con los consiguientes recursos económicos y financieros, lo cual redundó en una expansión sin precedentes del arte religioso, que creció tanto cuantitativa como cualitativamente. Y dentro de este proceso la expansión del lapislázuli tuvo su correlato natural. El lapislázuli realizó un aporte fundamental en el desarrollo artístico europeo durante largos siglos; su hegemonía en la producción del color azul se mantuvo hasta 1826, cuando se produjeron productos alternativos (Coenraads y Canut de Bon, 2003 p. 3).

En cierto modo, el lapislázuli es una sustancia relativamente invisible, pero que ha contribuido en forma sostenida a embellecer los palacios, templos y espacios ceremoniales del viejo mundo durante varios milenios, lo cual ha contribuido a fortalecer su arte y a valorizar su patrimonio, con todas sus implicancias culturales, sociales y económicas en términos de turismo receptivo.

3. Piedra angular para el desarrollo del turismo en el Norte Chico

La existencia de un destino potencial turístico en torno al lapislázuli en Chile se inscribe en el marco de un país cuyos visitantes tienden a concentrarse en un número más bien reducido de hotspots turísticos de gran difusión. Chile actualmente recibe un poco más de 5.000.000 de turistas internacionales al año, cifra muy por debajo de los principales destinos turísticos del mundo, como España, Francia e Italia, que están más cerca de alcanzar los cien millones. La región de Coquimbo recibe cerca de 48.000 turistas internacionales, principalmente argentinos. Los trasandinos que llegan a la región asisten en su mayoría a las playas de La Serena (Sernatur, 2025), a esta cifra se suman cerca de 2.000.000 de turistas nacionales

(Municipalidad de Coquimbo, 2025). La provincia de Elqui absorbe cerca del 65% de los turistas regionales, dejando un 15% para la provincia de Choapa y un 20% para la del Limarí. A la comuna de Monte Patria llega menos del 5% del total regional de turistas (Sernatur, 2025). Sin embargo, este territorio presenta atractivos que pueden ser un potencial de desarrollo para toda la provincia, incentivando el turismo desde el Alto Limarí, como La Ruta del Lapislázuli propuesta, por ejemplo (Lacoste et al., 2025). La presente investigación propone al lapislázuli como centro de una propuesta para potenciar el turismo en la zona, a través de un itinerario turístico cultural y un centro de interpretación.

Un itinerario turístico cultural se comprende como una estrategia para la conservación y puesta en valor del patrimonio de un territorio, en la cual múltiples elementos se enlazan y pueden fomentar en conjunto el desarrollo local, tal como sugiere Doctor (2011). Desde esta mirada se incluye no solo el patrimonio excepcional, sino también el patrimonio vernáculo, caminos tradicionales, patrimonio intangible y paisaje, conceptos que desde hace algunas décadas son parte de la discusión en el ámbito patrimonial.

El reconocimiento de los paisajes culturales y la valoración del patrimonio intangible en los itinerarios culturales fue objeto de amplias reflexiones por parte de ICOMOS entre la década de 1990 y 2000, según subraya Morère (2012), para quien las rutas e itinerarios en los últimos años proponen un turismo activo y cultural, la mayoría de las cuales han sido creados en torno a un tema. En base a estas consideraciones, los conceptos de turismo, puesta en valor del patrimonio material e inmaterial y paisaje quedan enlazados y ofrecen un interesante potencial para una propuesta de valorización en el territorio.

Complementando la idea de puesta en valor del territorio local a través del turismo, la Ruta del Lapislázuli propone además de un itinerario cultural, un centro de interpretación, comprendido como un equipamiento cultural y educativo, que permite mediar entre el patrimonio y el público, para favorecer la comprensión del valor de esta piedra nacional, sus valores, su historia y su significado en el territorio local. Para Botto (2024), este tipo de equipamiento posee la función principal de hacer que públicos diversos comprendan un bien cultural a través de un lenguaje sencillo, mediante una exposición, y con el apoyo de elementos tecnológicos y audiovisuales.

La ruta del lapislázuli establece una serie de estaciones situadas en un contexto de hermoso paisaje natural y cultural, que será puesto en valor a través del relato de una historia, y a través de la comprensión en profundidad sobre el mineral desde la visita al centro de interpretación, una de las estaciones propuestas. Así, el turismo podría potenciarse a partir de un relato ligado al patrimonio local, en su dimensión tangible e intangible. Se conformaría así una ruta temática que otorgaría sentido al recorrido de los visitantes, iniciando a través del relato y relevancia del lapislázuli en la antigüedad, la historia sobre la extracción y elaboración de esta

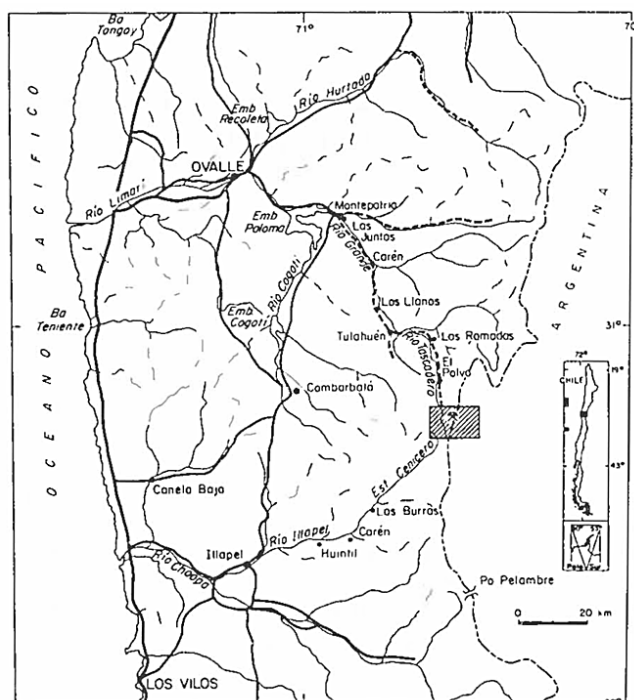
piedra en Chile, y continuando a través de otros puntos de interés histórico, natural, cultural y gastronómico de la zona que enriquecerían la experiencia durante la visita.

El lapislázuli –conocido como “la piedra de Chile”– es el núcleo principal de esta propuesta. Se caracteriza por su característico color azul profundo, que varía en sus tonalidades, con vetas de color blanco y cristales dorados, y, según aquí se sugiere, está llamada a desempeñar un papel crucial en el desarrollo de un emergente polo turístico. Declarada piedra nacional de Chile en 1984 (Fernández, 2015) por el Ministerio de Minería, las joyas y artesanías de lapislázuli labrado representan en la actualidad íconos de la orfebrería del país (Coenraads y Canut de Bon, 2003).

El uso del lapislázuli en la era prehispánica no se ha estudiado aún con suficiente profundidad. El museo de Ovalle exhibe joyas decoradas con esta piedra que distinguían a las mujeres diaguitas (Skewes y Lacoste, 2024). En 1850, la existencia de una cantera en un lugar no muy definido de “las montañas de Coquimbo” fue informada a las autoridades de la Universidad de Chile (Field, 1850). Se trata de un texto muy escueto en el que, además de informar del descubrimiento, se agregan los experimentos realizados para determinar la composición química de esta piedra y algunos comentarios sobre su interés. El despertar de la conciencia sobre el valor de esta cantera fue un proceso largo, lento y, todavía hoy, inconcluso. Un hito relevante se produjo en 1894, cuando la agenda de minería de La Serena inscribió la mina de lapislázuli denominada Flor de los Andes (Corona & Benavides, 2005).

La cantera de lapislázuli de Chile se encuentra en la localidad de Tulahuén, comuna de Monte Patria, provincia de Limarí, Región de Coquimbo. El yacimiento se sitúa en la cordillera de los Andes, cerca del límite entre Chile y Argentina, a 3.500 metros de altitud. La zona es conocida también como “la cordillera azul”, debido a la presencia de esta roca.

Figura 1: Localización de la cantera de lapislázuli en la región de Coquimbo, Limarí, Chile



Fuente: Cuitiño, 1986.

El descubrimiento de la cantera tuvo efectos acotados durante largo tiempo. A ello se sumaron las dificultades de acceso al lugar: precarios caminos de herradura, solo transitables a lomo de mula y las duras condiciones climáticas, con nevadas invernales que cierran totalmente su tránsito entre los meses de mayo y noviembre. En las décadas siguientes, el desarrollo de las redes de transporte del Estado de Chile, permitió extender la red caminera hacia las villas locales, como Ovalle, Monte Patria, Carén y Tulahuén, durante el segundo tercio del siglo XX. Con ello, mejoraron relativamente las condiciones de accesibilidad.

Durante varias décadas, la actividad se limitó a la extracción de piedras azules con precarias herramientas. Las concesiones utilizaban explosivos para cortar la roca y extraer trozos de piedra azul, lo cual afectaba el trabajo de los artesanos (Coenraads y Canut de Bon, 2003, p. 33). A partir de 1996 se introdujeron técnicas menos invasivas, a través de las dos empresas concesionarias, Lapis Chile y Flor de los Andes, que contrataron a diez y veinte personas para el trabajo de las canteras, respectivamente (Coenraads y Canut de Bon, 2003, p. 34). Para mejorar las condiciones de transporte, abrieron un camino hasta la cantera, transitable por vehículos livianos especiales, altos y con doble tracción. Como resultado, unos años después, la cantera llegó a producir 150 toneladas anuales de piedras con contenido de lapislázuli (100, de Flor de los Andes y 50, Lapis Chile) (Coenraads y Canut de Bon, 2003, p. 34). Posteriormente, Flor de los Andes instaló en La Serena una planta de procesamiento del material y abrió dos filiales: Lapis Design, dedicada a producir objetos de lapislázuli, y Lapis

Pigment, orientada a producir pigmentos de lazurita, el mineral específico que da a la piedra su característico color azul profundo. Paralelamente mantuvo el tradicional servicio de extraer piedras de la cantera para proveer a los artesanos y joyeros de la materia prima requerida para manufacturas artesanales.

En las dos últimas décadas, se ha producido un marcado ciclo descendente en el mundo del lapislázuli. El mercado de joyas ingresó en una etapa de declinación, motivo por el cual se produjo una caída en la demanda de objetos decorativos, lo que, a su vez, condujo a una reducción en el volumen de producción (figura 2).

Figura 2: Trozos de lapislázuli, la piedra de Chile, antes y después de limpieza superficial.



Fuente: Blánquez, 2025.

Desde el punto de vista del turismo, el lapislázuli ofrece una alternativa para Chile y la región. Considerando la evolución del turismo en Chile (Canihuante, 2008) y con vistas a contribuir a contrarrestar la fuerte concentración que experimenta esta actividad en destinos del turismo “de sol y playa”, por ejemplo en La Serena y Viña del Mar (Cáceres et al., 2002) o como ocurre en sitios reiterados por las agencias de turismo tradicionales como San Pedro de Atacama, Torres del Paine o la Isla de Pascua, la posibilidad de constituir una nueva ruta asociada al lapislázuli está ligada al turismo ecocultural, en un territorio que hasta el momento ha estado marginado de la corriente principal del turismo nacional, y tiene por lo tanto poca difusión como destino. La posibilidad de constituir el lapislázuli como referente regional facilita la puesta en valor del patrimonio natural y cultural.

Para avanzar en esa dirección se requiere enfrentar una serie de problemas, tanto teóricos como prácticos. En el campo teórico es necesario elaborar los fundamentos para concretar una propuesta de ruta turística centrada en el territorio de Limarí, en la comuna de Ovalle, en la que se potencie su identidad, su patrimonio y su desarrollo social desde una perspectiva en favor de la economía de la cultura. Ello exige una renovación de cómo entender los citados elementos -ruta turística, identidad y desarrollo social- que aminore las innecesarias tensiones que suelen emerger entre la economía y la cultura (Payne, 2002), donde cada plano tiene sus

propios objetivos que, muchas veces, son contradictorios (Frith, 2002). En el plano práctico, se requiere identificar los recursos naturales y culturales propios de este territorio para que sirvan de punto de partida para fundamentar la viabilidad de una propuesta de esta naturaleza.

4. Una ruta turística y ecocultural para el lapislázuli.

El yacimiento de lapislázuli, enclavado en la llamada cordillera azul a más de 3.500 metros de altitud, constituye el punto culminante de un recorrido por un territorio en el que se entrelazan paisajes geológicos, naturales, arqueológicos, históricos y productivos. Esta diversidad confiere al área una identidad singular y única, marcada por los cursos de agua en cuyas riberas se asientan pequeños poblados, por el verde restringido de las quebradas y por la presencia majestuosa de las montañas, donde rebaños caprinos de tonalidades pardas se desplazan bajo un cielo límpido y azul. En este itinerario, la experiencia del paisaje trasciende la mera observación del entorno físico, revelando la profunda interdependencia entre naturaleza, cultura y memoria, que confiere sentido patrimonial a este espacio andino. La posibilidad de recorrer y experimentar este paisaje se vincula estrechamente con la noción de ruta, categoría fundamental para comprender los desplazamientos humanos tanto en su dimensión histórica como en su proyección turística contemporánea.

El turismo se encuentra esencialmente vinculado al concepto de ruta: los primeros desplazamientos fuera del lugar de residencia habitual se hicieron, justamente, para recorrer rutas donde los viajeros esperaban encontrar posadas donde alojarse y abastecerse. En Chile, estos servicios fueron prestados por los maestros de posta con sus postillones, pulperas, horneros y molineros, juntamente con los prestadores de servicios de tambos, fondas y chinganas (Canihuante, 2008, pp. 114-115). Ese tipo de servicios corresponde a la era preindustrial, entre los siglos XVII y mediados del XIX. A partir de fines del XIX fueron quedando en desuso, reemplazados gradualmente por nuevos estándares constructivos y arquitectónicos.

Con el avance de la industrialización y la expansión de los ferrocarriles, se multiplicaron los grandes hoteles y se crearon los destinos turísticos clásicos, tanto en bordes costeros (sol y playa) como en alta montaña (Pastoriza, 2002). Fueron, justamente, las empresas ferroviarias, a través de sus órganos de difusión como la revista *En Viaje* en Chile y la *Revista Mensual BAP* en Argentina, las primeras publicaciones regulares con foco en el turismo (Canihuante, 2008). Junto con sus aportes al desarrollo de la actividad, los ferrocarriles causaron externalidades negativas, en el sentido de visibilizar de manera excesiva algunos destinos (como los balnearios de Mar del Plata en el Atlántico y Viña del Mar en el Pacífico (Cáceres et al., 2002), que se transformaron en destinos masivos. Indirectamente, ese periodo de auge del ferrocarril tuvo el efecto de invisibilizar aquellos lugares donde las conexiones del tren llegaron tarde o nunca. Posteriormente, el ferrocarril fue sustituido por el automotor: se

expandieron las redes de carreteras y se produjo una nueva etapa turística que en lo principal consolidó el modelo generado en la era ferroviaria. De esta manera, el turismo masivo se concentró, todavía más, en los destinos hegemónicos. Aun con todo, el automóvil permitió una cierta diversificación con la apertura de algunos destinos nuevos, como San Pedro de Atacama y Valle del Elqui, que pronto se volvieron masivos (Canihuante, 2008). Sin embargo, muchos paisajes culturales de singular interés han permanecido invisibilizados y postergados en su desarrollo turístico, como ocurre con la provincia de Limarí, en la región de Coquimbo; lugar donde se encuentra la potencial Ruta del Lapidézuli.

La ausencia de una oferta turística de Limarí en general y de Monte Patria en particular responde a un proceso histórico-cultural. En 1931 se publicó la primera guía turística de la Empresa Ferrocarriles del Estado, la *Guía del viajero*. De Limarí, esta solo mencionó escuetamente a la ciudad de Ovalle, describiéndola como “bonita” y destacando solo a las termas de Socos, dejando de lado otros elementos seductores, como la gastronomía (Oyarzún, 1931). Con la aparición de la *Guía del Veraneante*, en 1932, el Norte Chico tardó en figurar en la oferta turística, alcanzando difusión en 1943. Sin embargo, entre 1943 y 1973, su oferta solo dedicó unas pocas líneas para la ciudad de Ovalle, destacando siempre las aguas sanadoras del termalismo -Pangue, Aguas Amargas y Socos-, dejando de lado a la gastronomía, así como a otros elementos culturales, quedando la provincia totalmente invisibilizada de la difusión turística del siglo XX (Castro y Mujica, 2025).

Una ruta de interés cultural y turístico debe poseer un valor patrimonial intrínseco que justifique su puesta en valor y su desarrollo futuro. Proponer una ruta de este tipo permite promover su conservación, tanto paisajística como cultural, a tenor de las nuevas dinámicas patrimoniales contemporáneas que buscan potenciar territorios y no solo monumentos o elementos aislados. Esta mirada, presente en la legislación chilena desde su primera versión en 1925 (Decreto N° 3.500, 1925; Decreto-Ley N° 651, 1925), avanzó desde elementos aislados a polígonos en 1970 (Ley N° 17.288, 1970), normativa que en la actualidad se discute y se busca actualizar hacia nuevas formas de proteger el patrimonio y asociarlo a políticas públicas de desarrollo de los territorios.

Así, la definición y existencia de una ruta ligada al patrimonio local son un elemento de promoción en favor de la identidad de los lugares y de las personas que lo habitan; favorecen el desarrollo económico, social y cultural, promoviendo la creación de empleo y ampliando las oportunidades de permanecer en el territorio. Todo ello previene la migración campo-ciudad, de tan negativos efectos en América Latina en términos de desarraigo, concentración de población en los grandes centros urbanos y pérdida de calidad de vida.

Inmersos ya en el siglo XXI, una ruta patrimonial constituye más que un camino. Se trata, más bien, de un recorrido, a la vez simbólico y material, que a través de sus estaciones aúna, no solo historia o paisajes sino también tradiciones y personas que interactúan con los

sentimientos del visitante. Ello genera experiencias y recuerdos únicos en quienes la transitan, valorizando el legado cultural que la comunidad local ha generado, preservado y transmitido con orgullo (Arias Trujillo, 2011).

Se propone una ruta que conecte la cantera de lapislázuli, ubicada en Tulahuén (Chile); los talleres de artesanos que trabajan esta característica piedra y los espacios de comercialización de artesanías ligadas a ella. La Ruta del Lapislázuli en Limarí supone una propuesta -pensamos que inédita- por fundamentarse en una renovada mirada del patrimonio local, tanto en su concepción material como inmaterial. Esta ruta patrimonial comprende mucho más que un camino a la cantera del lapislázuli, en la Cordillera de los Andes, en la Región de Coquimbo. Así, por un lado, se inserta en las nuevas propuestas de legislación local para la protección del patrimonio y, coincidente con ello, amplía la mirada hacia los paisajes y los itinerarios culturales de su territorio.

En Chile, la legislación patrimonial posee sus bases en el concepto de “monumento” con antigua data y ello se han mantenido, hasta la actualidad, resguardando elementos o zonas aisladas considerados de valor excepcional. En 1925 el Estado chileno publicó sus primeras normativas de protección patrimonial que establecían estrictos criterios para la selección de monumentos en torno a su valor histórico, artístico y conmemorativo (Decreto N° 3.500, 1925; Decreto-Ley N°651, 1925). La selección, caso a caso, de elementos considerados de excepcional valor, llevó a catalogar numerosas edificaciones y sitios que quedaron, así, salvaguardados en Chile (Correa, Alberti, Muñoz, Poo, 2024); sin asociarlos necesariamente a planes o políticas de puesta en valor o estrategias de conservación futura. Posiblemente, coherente con esta limitada concepción patrimonial —monumental y aislada—, no se asociaron políticas de desarrollo de sus territorios, sin tener en cuenta que, en 1970, la ley chilena de conservación se extendió a sitios naturales y conjuntos de edificaciones de valor histórico y cultural. Se mantuvo el concepto de monumento en sus definiciones y no se asociaron planes de conservación “a futuro” de los bienes resguardados; coherente con ello, tampoco de apoyo a la revitalización o regeneración del territorio (Correa, 2021).

El concepto de paisaje cultural ha estado presente en la actual discusión que se ha llevado a cabo en el último año para la actualización de la Ley de Monumentos Nacionales en Chile (Ley N° 17.288, 1970). A día de hoy, la legislación chilena sobre patrimonio avanza en aquella discusión para superar el antiguo concepto de monumento y plantea superar la antigua idea de resguardo de zonas y de elementos aislados, “de valor excepcional”, para extender la mirada hacia los territorios y los paisajes culturales.

En la nueva propuesta de ley de Patrimonios Culturales, se incluye entre las categorías de protección el concepto de paisajes culturales, definido ahora desde la perspectiva pública como: “Aquellos territorios que representan la interacción del ser humano con el medio natural, resultado de procesos sociales, económicos y culturales, cuya presencia y

expresiones materiales e inmateriales sean valoradas por ser el soporte de la memoria y la identidad de una comunidad, de un pueblo indígena o del pueblo tribal afrodescendiente chileno y que por sus valores y atributos sean declarados como tales” (Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, 2025). Esta definición plantea, por primera vez en la legislación chilena una conexión entre patrimonio tangible e intangible. Esta idea podría, a futuro, significar planes y estrategias que normalicen la interacción de ambos conceptos, cuya puesta en valor a través de un turismo más reflexivo -ecoturismo- que, podría aunar turismo, promoción de la cultura e identidad, repercutiendo en desarrollo económico, social y cultural de las poblaciones de los territorios concernidos.

Por otra parte, es de interés notar que la propuesta legislativa incluye también el concepto de itinerarios culturales, definiéndolos como: “Aquellas vías de comunicación, tránsito o movilidad, físicamente determinadas, construidas o adaptadas por el uso humano, que hayan generado procesos de fecundación recíproca entre culturas e integrado esas relaciones en un territorio a lo largo de un periodo de tiempo determinado, y que sean declarados como tales” (Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, 2025). Así, pues, la idea de evolucionar desde el monumento aislado al paisaje y hacia rutas, caminos y conexiones constituye un progreso relevante en términos conceptuales. En esta discusión y mirada futura se sitúa la propuesta de Ruta del Lapislázuli.

5. La Ruta del Lapislázuli en la Región de Coquimbo: fortalezas y potencial a considerar

La región de Coquimbo forma parte del Norte Chico de Chile: territorio árido y semiárido que abraza el Desierto de Atacama y la totalidad de la región de Atacama. Compuesto por oasis verdes que surgen en medio de cerros desérticos, formando los denominados valles transversales, donde el agua de los ríos fluye de cordillera a mar, en este territorio, los espacios geográficos de las provincias fueron delimitados por los valles, tomando el nombre del afluente principal (Castro y Mujica, 2025).

La región de Coquimbo, con una superficie de 40.580 km² y una población cercana a los 833.000 habitantes (Instituto Nacional de Estadísticas, 2025), posee un clima árido y semiárido, donde se desarrolla la agricultura, con importante presencia frutícola, y ganadería caprina. Se divide en tres provincias, las que se encuentran signadas por los principales afluentes que forman la mayor parte de los denominados valles transversales: Elqui, Limarí y Choapa. A su vez, la provincia de Limarí ocupa el centro de la región, limitando con las otras dos provincias. Posee cinco comunas, siendo Ovalle su capital.

Con una superficie de 13.553 km² y una cifra cercana a las 188.000 almas (Instituto Nacional de Estadísticas, 2025), la provincia del Limarí destaca por la belleza de sus paisajes naturales y culturales, como el Parque Nacional Bosque Fray Jorge, el pueblito de Barraza, el Valle del Encanto, las termas de Socos, el embalse La Paloma, el Monumento Natural Pichasca, el

Museo del Limarí, el centro de la ciudad de Ovalle y algunas importantes pisqueras de la zona, como la Cooperativa Control Pisquero, Mal Paso y Cogotí. En la parte cordillerana de la provincia, en Alto Limarí, se encuentra la comuna de Monte Patria, con una superficie de 4.367 km² y una población aproximada de 30.000 habitantes (Censo 2024; Lacoste et al., 2025). Destaca por sus pueblos mágicos, en medio de paisajes agrícolas y ganaderos, con vitivinicultura, producción de piscos, frutos secos, frutas deshidratadas y crianza de cabras; además de varios ríos que desembocan en el Limarí, como el río Tascadero, cuyo valle forma una reserva biocultural que resguarda las praderas que aprovecha el ganado caprino durante las veranadas, mientras que las montañas atesoran las vetas de la cantera de lapislázuli.

Más allá del valor comercial que pueda tener el lapislázuli en el mercado nacional e internacional, su singular belleza, su profundo significado cultural y el conocimiento universal que se tiene de esta piedra son suficientes y potenciales argumentos como para generar una ruta atractiva -de carácter ecocultural- ligada de manera estrecha a las rutas de las pisqueras ancestrales de la zona y la ruta verde del Norte Chico de Chile. En el caso del lapislázuli, la ruta tendría tres puntos claros, a modo de anclajes fundamentales: un centro de interpretación en la Hacienda Juntas, el pueblito de los artesanos en Tulahuén y la cantera de lapislázuli en Alta Montaña.

El punto de inicio natural de la Ruta del Lapislázuli sería el citado centro de interpretación, un espacio cultural y educativo que contenga información disponible para los visitantes sobre el significado y simbolismo del lapislázuli en épocas pasadas, un relato sobre su historia y su significación en el contexto nacional e internacional. Se propone ubicar este centro en las instalaciones de la Hacienda Juntas, una herencia colonial del siglo XVII, convertida en *hotel boutique* de alta categoría, situada en Alto Limarí, a más de mil metros de altitud. Rodeada de cordones de la cordillera de los Andes. Se trata de un lugar de singular belleza escénica. Juntas es el corazón natural de las rutas turísticas de la provincia de Limarí, dada su localización estratégica en el cruce de caminos que enlazan las rutas que conducen hacia Combarbalá, Rapel y el eje Carén-Tulahuén (Lacoste, Blánquez y Skewes, 2025).

El centro de interpretación se constituirá de aulas didácticas situadas en la hacienda y entre otras consideraciones tiene como referencia el Museo del Tesoro de la ciudad de Sucre (departamento Cochabamba, Bolivia), en el sentido de representar la cultura de la minería artesanal, incluyendo la tradición del pirquinero y sus tradicionales medios de producción, con la explicación de la trayectoria del lapislázuli en la cultura universal, desde el poema épico de Gilgamesh, en la cultura sumeria, hasta el uso como pigmento decorativo en la Alhambra, pasando por las obras de arte del antiguo Egipto, la pintura religiosa medieval y sus proyecciones en el Renacimiento y el Barroco, hasta culminar con los mitos de la versión andina de esta piedra y su aplicación en el territorio.

La segunda estación de la Ruta del Lapislázuli se establecerá en la localidad de Tulahuén. Esta localidad rural, con su belleza escénica en las faldas de la cordillera de los Andes, cuenta con instalaciones de artesanos especializados en la manufactura de joyas de esta piedra. También con lugares emblemáticos, como el reloj de sol del atrio de la capilla situada en su Plaza de Armas y casas que mantienen la tradición constructiva local de piedra y adobe; todo ello se busca incluir en la ruta. La población cuenta con restaurantes y salones de té que aseguran servicios gastronómicos a los visitantes, sin necesidad de mayores inversiones, donde se puede degustar la gastronomía local desde un mirador abierto sobre los Andes. A su vez, el taller artesanal Cordillera Azul es un referente en el territorio y se pueden conocer los métodos de manufactura de joyas y artesanías en lapislázuli.

Figura 3. Detalle de Hacienda Juntas. Vista hacia los jardines. Allí se instalará el centro de interpretación del lapislázuli.



Fuente: Alexandra Kann.

Figura 4. Reloj de sol de lapislázuli en Tulahuén.



Fuente: Alexandra Kann.

Figura 5. Vista desde la confitería del taller Cordillera Azul, en Tulahuén.



Fuente: Alexandra Kann.

Mención aparte, es de interés señalar la presencia de destilerías artesanales de pisco en la zona, con métodos tradicionales, lo que contribuye a formar una propuesta ecoturística singular. Este complemento está asegurado por la pisquera Waqar, situada en Tulahuén y,

cercanas a esta, existen todavía otras como Juliá y Chañaral de Carén; igualmente, artesanales. A todo ello se suma también la atracción del camino de alta montaña, con la presencia de rebaños de cabras que los pastores conducen en las veranadas, lo cual contribuye a asegurar un paseo atractivo y emocionante.

El viaje desde la Hacienda Juntas hasta Tulahuén se realiza por 45 km de carretera pavimentada en buenas condiciones de transitabilidad. El viaje requiere media hora, discurriendo entre cerros y quebradas de la cordillera de los Andes. Presenta dos escalas alternativas en localidades pintorescas. Se trata de las comunas de Carén, donde se encuentra el parque ecológico de La Gallardina y Chañaral de Carén, con su pisquera ancestral, signada por sus pircas, añosos árboles y sus métodos tradicionales de destilación, con fuego directo de leña, como los antiguos alquimistas.

Figura 6. Parque ecológico La Gallardina, Carén, a mitad de camino entre Juntas a Tulahuén.



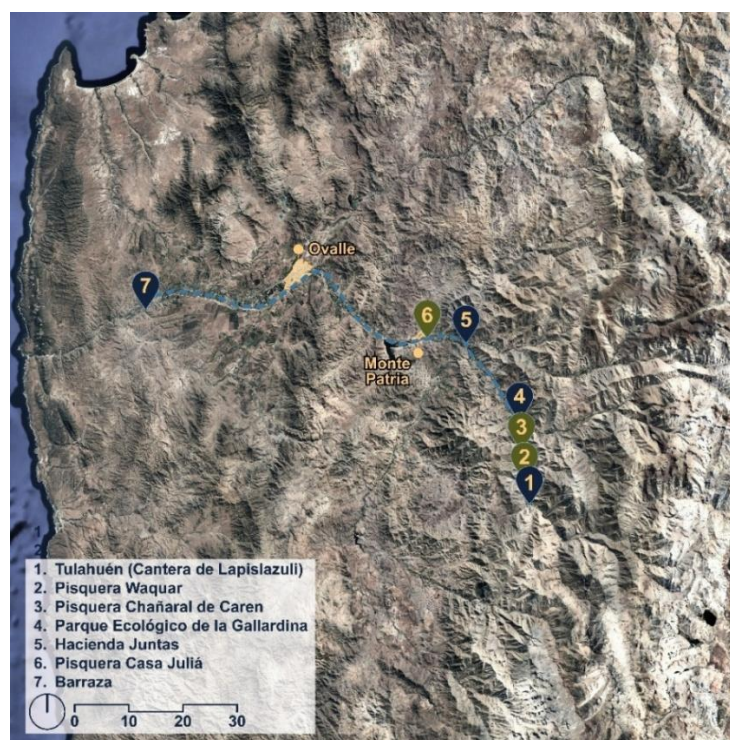
Fuente: Alexandra Kann.

La cantera de lapislázuli representa el punto culminante de la ruta. Se trata de un escenario de belleza sublime, en la inmensidad de la cordillera de los Andes, a 3.500 metros de altitud y casi en el límite entre Chile y Argentina. El tradicional aislamiento de este sitio ha preservado la naturaleza del lugar, apenas alterado por la presencia de los rebaños de cabras, que circulan por el territorio para realizar sus tradicionales veranadas, conducidos por hábiles arrieros y pastores. Como esta cantera no se ha desarrollado industrialmente, ha mantenido el carácter precario de los caminos de acceso; de hecho, solo pueden circular por ellos vehículos “todo terreno” y en la temporada estival. Ello protege a la cantera del turismo de masas y su consecuente impacto ambiental. La mejor opción sería una travesía con medios tradicionales; es decir, con mulas y caballos acompañados de arrieros. A ello se puede incluir la experiencia de acampe en alta montaña y la observación de estrellas.

La Ruta del Lapislázuli se puede abordar en tres niveles. La opción más corta sería la visita a la Hacienda Juntas y su centro de interpretación. Un paso más sería continuar hasta Tulahuén, para visitar la Cordillera Azul y las locaciones conexas. Por último, la ruta completa incluiría el tramo que llega hasta las canteras. Todas ellas tienen una clara orientación en favor del turismo ecocultural, pues se articula la belleza escénica de la cordillera de los Andes con la cultura de las comunidades locales; sus destilerías ancestrales y su bioarquitectura signadas por la constante presencia de la naturaleza: una perfecta interacción entre sus habitantes y el medio natural que se refleja en sus diseños del hábitat, de carácter biodinámico, en el uso de materiales vernáculos -tierra cruda, cañas, totoras y pircas.

Este circuito posee una variada oferta de servicios turísticos que dotarán de hospedaje y alimentación al turista. Así, por ejemplo, la misma Hacienda Juntas posee en sus instalaciones un restaurante y salones comedores, además de servicios de alojamiento, así como espacios para congresos y conferencias, pudiendo asegurar un espacio confortable y adecuado para turistas en sus muy diversas acepciones: ecoturismo, turismo rural, de aventura, gastronómico, enológico, experiencial. La zona de Tulahuén también posee hostales, cabañas y varios restaurantes. La oferta gastronómica es local, con puesta en valor de los derivados de cabra, como queso, carne y charqui, así como algunos platos propios de la gastronomía chilena del Valle Central y, sobre todo, el uso de productos locales, como las empanadas de queso y/o charqui caprino y charquicán.

Figura 7. La Ruta del Lapislázuli en el territorio y su contexto.



Fuente: Google Earth, edición por Valentina Sepúlveda.

6. Conclusión

La Ruta del Lapislázuli en Monte Patria constituye una propuesta integral que vincula la valorización patrimonial, la sostenibilidad ambiental y el desarrollo territorial. Más allá de su dimensión estética y geológica, el lapislázuli se erige como símbolo cultural y recurso identitario capaz de articular memoria, paisaje y producción artesanal. Este enfoque permite reinterpretar el mineral no solo como bien económico, sino como mediador cultural entre la naturaleza y la historia, entre la comunidad y su entorno.

En este sentido, la ruta propuesta contribuye a trascender la visión tradicional del patrimonio —centrada en monumentos aislados— para situarlo en el marco más amplio de los paisajes culturales. Al integrar componentes naturales, materiales e inmateriales a la ruta, la iniciativa responde a las orientaciones contemporáneas de la UNESCO (2008) y a los debates actuales en torno a la ampliación del concepto de patrimonio en Chile (Ministerio de las Culturas, 2025). Este desplazamiento epistemológico y político abre la posibilidad de concebir el territorio del Limarí como un espacio vivo, en el que la cultura y la naturaleza convergen en experiencias significativas de interpretación y aprendizaje.

Desde la perspectiva del turismo ecocultural, la Ruta del Lapislázuli se perfila como un modelo de gestión sostenible que favorece la participación comunitaria, la educación patrimonial y la diversificación económica de la región. Al poner en valor la minería artesanal, la tradición joyera y los saberes locales, la propuesta fortalece los vínculos entre identidad y territorio, evitando las lógicas extractivistas o de turismo masivo que tienden a desvirtuar los significados culturales. En cambio, promueve un turismo de baja escala, experiencial y formativo, coherente con las estrategias de conservación y con los principios del desarrollo sustentable (Capece, 1997; Vallejo, 2017).

La articulación entre economía de la cultura y turismo responsable constituye un instrumento para reducir las brechas territoriales en Chile, históricamente acentuadas por la concentración turística en destinos consolidados del centro y sur del país. En este contexto, la valorización del lapislázuli y su territorio asociado puede contribuir a un proceso de descentralización del turismo, diversificando la oferta y generando beneficios tangibles para las comunidades del Alto Limarí. Se trata, por tanto, de un modelo replicable que combina innovación cultural, sostenibilidad ambiental y cohesión social.

En última instancia, el lapislázuli —piedra nacional de Chile y emblema del “azul profundo” andino— se presenta como una metáfora material del territorio: un recurso singular que condensa historia, belleza y sentido de pertenencia. La propuesta de su ruta ecocultural no solo invita a redescubrir un patrimonio de amplio potencial, sino también a repensar la relación entre cultura y desarrollo. Integrar este enfoque en las políticas públicas de patrimonio y turismo significará avanzar hacia un modelo de territorios creativos y sostenibles,

donde la identidad se convierta en motor de futuro y la piedra azul en un hilo conductor de memoria, arte y naturaleza.

Bibliografía

- Adorno, T. 2001. *The Culture Industry: Selected Essays on Mass Culture*. Londres: Routledge Classics, 2 ed.
- Adorno, T. y Horkheimer, M. 2007. *Dialéctica de la Ilustración. Obra completa*. Madrid: Ediciones Akal.
- Arias, B. 2011. *Diccionario de emociones. Estampas móviles de hombres, sitios y ciudades*. Manizales: Secretaría de Cultura del Gobierno de Caldas, 3 ed.
- Arroyo, E.; Espinosa, M.; Falcon, T. y Hernández, E. 2012. "Variaciones de celeste para pintar el manto de la Virgen". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, 35 (100): 85-117. <http://dx.doi.org/10.22201/iiie.18703062e.2012.100.2328>
- Botto, M. (2024). Las nuevas funcionalidades de los centros de interpretación: Un desafío para los profesionales de la comunicación. *Question/Cuestión*, 3 (77): 1-17. <https://doi.org/10.24215/16696581e867>
- Cáceres, G-; Sabatini, F.y Booth, R. 2002. "La suburbanización de Valparaíso y el origen de Viña del Mar: entre la villa balnearia y el suburbio de ferrocarril (1870-1910)". En: Pastoriza (2002): 38-50.
- Canihuante, G. 2008. *Turismo en Chile. Paisajes y Culturas del pasado, presente y futuro*. La Serena: Municipalidad de La Serena.
- Capece, G. 1997. *Turismo sostenido y sustentable. Una visión holística*. El Bolsón, Río Negro: Agencia Periodística CID.
- Cardell-Fernández, C.; Navarrete, C. 2013. "Pigment and Plasterwork Analyses of Nasrid Polychromed Lacework Stucco in the Alhambra (Granada, Spain)". En: *Studies in Conservation* 51 (6): 161-176.
- Castro, A.; Mujica, F. "Gastrodiplomacia en el Norte Chico (1943-1973)". En: Castro, A. y Mujica, F. (editores). *El sabor del Norte Chico. Productos, territorios, prácticas, política y protagonistas*. Santiago: Ariadna, 2025: 41-92.
- Oyarzun, D.(editor). 1931. *Guía del viajero*. Santiago: Ferrocarriles del Estado.
- Coenraads, R. y Canut de Bon, C. 2003. "Lapis Lazuli in Coquimbo Region, Chile". *Gemas y Gemología* 36 (1): 28-41.

- Colomban, P. 2003. "Lapis lazuli as unexpected blue pigment in Iranian Lajvardina ceramics". *Journal of Raman Spectroscopy*. (34): 420–423. DOI: 10.1002/jrs.1014
- Correa, M. 2021. "Conservación del patrimonio arquitectónico en Chile. Consideraciones sobre legislación histórica y vigente", en Vidal, R. (editor), "Desde la Ciudad. Pensar, diseñar y producir hoy la ciudad de mañana". Santiago: Editorial USACH.
- Correa, M.; Alberti, L.; Muñoz, C. Poo, L. 2024. "Monumentos Históricos, Territorio y Memoria en Chile: 1925 – 1954". *Revista Diseño Urbano & Paisaje*, 46: 22-33.
- Criado, A; García, A.; Penco, F.; Criado, A.; Martínez, J.; Chamón, J. y Diet, C. 2011. "Estudio arqueométrico comparativo de muestras de pinturas con azul egipcio, procedentes de la tumba de Nefertari siglo XIII a.C. y del Balneum, termas romanas, siglos I a.C., I d.C." *Boletín de la Sociedad Española de Cerámica y Vidrio* 50 (3):, 161-168. doi: 10.3989/cyv.212011
- Cuitiño, L. 1986, Mineralogía y génesis del yacimiento de lapislázuli, Flor de los Andes, Coquimbo, Norte de Chile. *Revista Geológica de Chile* (27): 55 -67.
- Da Costa, E. 2024. Del patrimonio territorial eurocentrado al patrimonio-territorial decolonial: Giro epistémico desde el Sur. *Eutopía: Revista de Desarrollo Económico Territorial*, 25(julio): 11–32. <https://doi.org/10.17141/eutopia.25.2024.6175>
- Doctor, A. M., (2011). El Itinerario como herramienta para la puesta en valor turístico del patrimonio territorial. *Cuadernos de Turismo*, (27): 273-289.
- Emerson, D. 2015. Lapis Lazuli – The most beautiful rock in the world. *Preview*, 2015(179), 63–73. <https://doi.org/10.1071/PVv2015n179p63>
- Field F. 1850. "Lapislázuli en Chile". *Anales de la Universidad de Chile* <https://anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/view/1968/1820>
- Garcés, E. 2022. *Chile Paisajes Culturales*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Instituto Nacional de Estadísticas. (2025). *Censo de Población y Vivienda 2024*. Instituto Nacional de Estadísticas de Chile.
- Jiménez, B. y Riggs, C. 2022. *Treasured. How Tutankhamun Shaped a Century*. Londres: Atlantic Books.
- Lacoste, P.; Blánquez, J. y Skewes, J. 2025. *Provincia de Limarí. Patrimonio ecocultural*. Santiago: Ariadna Editorial.

- López, M. y Llorente, J. 2015. Turismo ecocultural: un enfoque integrador del patrimonio natural y cultural. *Revista de Estudios Turísticos*, (205): 45–62.
- Miranda, A. y Melo, M. 2015. "Secrets et découvertes en couleur dans les manuscrits enluminés". En: Miranda, Adelaide et Miguélez Caverio, Alicia (eds). *Portuguese Studies on Medieval Illuminated Manuscripts. New approaches and methodologies*, Barcelona / Madrid, Fédération Internationale des Instituts d'Études Médiévales. Textes et études du Moyen Age (76): 1-29. <https://doi.org/10.1484/M.TEMA-EB.4.000176>
- Morère, N. (2012). Sobre los itinerarios culturales del ICOMOS y las rutas temáticas turístico-culturales. Una reflexión sobre su integración en el turismo. *Revista de Análisis Turístico*, (13): 57–68.
- Municipalidad de Coquimbo. 2025. Cifras récord en la temporada estival posicionan a Coquimbo entre los destinos más visitados. <https://www.municoquimbo.cl/index.php/noticias/9331-cifras-record-en-la-temporada-estival-posicionan-a-coquimbo-entre-los-destinos-mas-visitados>
- Palma, L. y Aguado, L. 2010. "Economía de la cultura. Nueva área de especialización de la economía". *Revista de Economía Institucional*, 12(22): 129-165.
- Pastoriza, E., ed. (2002). *Las puertas del mar. Consumo, ocio y política en Mar del Plata, Montevideo y Viña del Mar*. Buenos Aires: Biblos.
- Payne, M. (comp.) 2002. *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*. Buenos Aires: Paidós.
- Pérez, R. 1958. "Trip to lapis lazuli locality at Ovalle". *Rock and Minerals* (Philadelphia) 33 (9-10): 387-393. <http://dx.doi.org/10.1080/00357529.1957.11768544>
- Pisters, P. 2018. Deep blue geomediators: Following lapis lazuli in three ecological assemblages. *SubStance*, 47(2): 36–58. Johns Hopkins University Press. <https://doi.org/10.1353/sub.2018.0017>
- Ramírez, M. 1990. *Teoría general del turismo*. México: Editorial Diana.
- Sernatur. 2025. Turismo receptivo: Llegadas de turistas extranjeros. <https://www.sernatur.cl/dataturismo/movimiento-turistico-internacional/>
- Sernatur. 2025. Turismo Interno: Big Data. <https://www.sernatur.cl/dataturismo/big-data-turismo-interno/>

- Suden, C. 2022. Paisaje cultural patrimonializado: conceptos y aportes sobre la base de áreas observadas en el área metropolitana de Mendoza, Argentina. PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, 20(2): 435–452. <https://doi.org/10.25145/j.pasos.2022.20.031>
- UNESCO. 2008. Directrices prácticas para la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial. Centro del Patrimonio Mundial de la UNESCO. Recuperado de <https://whc.unesco.org/archive/opguide08-es.pdf>
- Vallejo, M. 2017. Turismo ecocultural y sostenibilidad: hacia un modelo de gestión participativa del territorio. PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, 15(4): 845–860.
- Weaver, D. 2001. Ecotourism as Mass Tourism: Contradiction or Reality? Cornell Hotel and Restaurant Administration Quarterly, 42(2): 104–112.
- Williams, R. 1965. *The long Revolution*. Pelican Penguin Books.
- UNESCO. 1982. *Industrias culturales: el futuro de la cultura en juego*. México, Fondo de Cultura Económica.